FLORESINDA,

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS,

IMITACION DEL FRANCÉS,

POR

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

MADRID.

IMPRENTA DE D. JOSÉ REPULLÉS.

Octubre de 1844.

6

PERSONAS.

VITIMIRO.
LEANDRO.
FLORESINDA.
RECAREDO.
UN CAPITAN.
UN ESCUDERO, *que no habla.*
CAUDILLOS GODOS.
GUARDIAS.
DAMAS.

La escena es en el alcázar de Narbona.

Esta Tragedia, que pertenece á la Galería Dramátic es propiedad del Editor de los teatros moderno, antig español y estrangero; quien perseguirá ante la ley l que la reimprima ó represente en algun teatro del rei sin recibir para ello su autorizacion, segun previene a Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837 y la de 16 de Abril de 1839, relativas á la propiedad le las obras dramáticas.

Acto primero.

El teatro representa la habitacion de Floresinda.

ESCENA PRIMERA.

FLORESINDA. RECAREDO.

Rec. Cuando en esta ciudad atribulada
torno por fin, sin esperarlo, á veros,
un instante del bélico tumulto
permitidme alejar. Oidme, os ruego,
mientras descubro, Floresinda hermosa,
mi proceder, mis fines y mi pecho;
y veis en el secuaz del griego Paulo
el alma de un soldado verdadero,
digno quizá de vos.

Flor. Es bien notoria
la noble integridad de Recaredo.
Siempre en su labio la verdad respira.
Decid, y os creeré.

Rec. Si al lado vuelvo
del noble Vitimiro, y en Narbona
por el partido que abrazó peleo,
yo jamás aprobé la triste alianza
que le aparta de Vamba y le une al griego.
Ni creais, Floresinda, que mis ojos
turbe de la aficion el grato velo
tanto, que desconozca en Vitimiro

722680

lunares que descubro, y no defiendo.
Sí, dióle un corazon naturaleza
no menos que magnánimo, violento;
tierno, mas iracundo, arrebatado,
y de un crímen capaz; toda es estremos
en él una pasion; pero desquita
con virtudes mayores sus defectos.
¿Y dónde amigos encontrar pudiera
quien los buscara de flaqueza exentos?
Mi vida es suya: á mi pesar, con todo,
verterá sangre gótica mi acero;
y si Vamba, ese anciano venerable,
que aclama la mitad del godo imperio...

Flor. Dadle el nombre de rey; lo es, lo merece.

Rec. No le he jurado aün. Quisiera, es cierto,
mi fé rendirle; mi deber lo manda;
mas la amistad reclama sus derechos;
y yo, de Vitimiro inseparable,
solamente con él mudarme puedo.
Calumnias de envidiosos cortesanos
la cólera de Vamba le atrajeron;
él sincerarse desde aqui no pudo;
vióse afrentado sin sentirse reo,
y de la mano á castigarle alzada
huyó el azote sin mirar al cetro.
Ya repetidas veces he intentado
vencer su voluntad á mis deseos;
duras verdades de mi labio ha oido;
pero vanos han sido mis esfuerzos.
Sola vos á su rey podeis volverle,
y de esto, Floresinda, á hablaros vengo.
Antes que por los muros de Narbona
dejáseis el alcázar de Toledo,
por vos, señora, suspiré. Creíme
digno, sin presuncion, de mereceros:
no mas sueños de orgullo: á mas ilustre,
mas digno enlace destinada os veo.
La guerra os trajo aqui cuando, sabida
de Vamba la eleccion, alzóse en peso
toda la Galia gótica, y á Paulo
la corona ofreció. Bárbaro pueblo,
vil chusma de fanáticos aleves,

de sangre ansiosos, de sentido agenos,
vuestro deudo con Vamba acriminaron,
y á vuestros dias atentar quisieron.
Acude Vitimiro, lidia, os salva.
Suya la gloria fué: séalo el premio.
Yo nada hice por vos. Si otro os amase,
no hallara tan cortés á Recaredo;
mas mi adalid, mi amigo me compite;
y, ni bizarro á medias ni soberbio,
yo que sin duda os disputara al gefe,
mi amor subyugo, y al amigo cedo.
Si un sacrificio tal es doloroso,
mas á mi amigo y á mi patria debo.
Si un súbdito quereis volver á Vamba,
la mano dad á Vitimiro luego.

Flor. ¡Cuán penetrada me dejais! ¡Qué raro!
¡qué generoso rasgo! ¡Vuestro pecho
vence al amor, y la amistad le llena!
¿Quién no os ha de admirar al conoceros?
Fiel vasallo será tan noble amigo.
Quien tiene tan heróicos pensamientos,
como yo ha de pensar; mas... una gracia
de vos he de obtener.

Rec. El querer vuestro
sagrado es para mi: decid, señora.

Flor. Vos me instais á aceptar el alto puesto
que ofrecerme se digna Vitimiro.
Soy grata á su favor: y cuando pienso
que el honor y la vida le debiera,
antes que su pasion tomara cuerpo;
bien que á su rey legítimo rebelde,
de sus bondades oprimida al peso,
temo agraviarle, y enmudece el labio
al intentar decirle que no puedo,
malgrado mi deber y sus favores,
su cariño pagar. Yo me avergüenzo
de agradecer tamaños beneficios,
desventurado al bienhechor haciendo.
Escusadnos á entrambos esta pena.
Vos solo conseguis el turbulento
corazon dominar de vuestro amigo.
Libradme de un enlace mas ageno

de mi infortunio cuanto mas brillante.
Disfruten ese amor que yo no acepto
mayores, mas felices hermosuras.
Contemplad ademas: ¡mirad qué aprestos,
mirad qué tiempo de tratar amores!
Narbona alzada y en discordia hirviendo;
próximas á caer sobre sus muros
las armas de mi rey... Mi triste seno
consume la zozobra... y... Vitimiro...
tambien ignora si respira ¡oh cielos!
Leandro, aquel hermano á quien amaba,
aquel tan virtüoso caballero...
Su muerte aseguraban. — ¡Qué de llanto
por él España verterá! Modelo
fué siempre de lealtad. — Si ya no existe...
Que perdoneis mi turbacion os ruego,
mi amor al rey, mi angustia.

Rec. A Vitimiro
la podeis esplicar; vuestros secretos
confiadle tambien; él os adora;
va á venir á este sitio, y ese acento...

Flor. ¡Recaredo! Si amais á vuestro amigo,
si mirais con piedad mi desconsuelo,
libradle ¡ay! y libradme de encontrarnos
en trance tan cruel, y sus afectos
de mí y sus pasos alejad: no me halle
en el dolor y llanto en que me anego.

Rec. Ese dolor que vuestro rostro anubla,
mueve mi corazon, y le respeto:
mitigarle quisiera; mas ya dije
cuanto debí decir, y mas no puedo.
Suspicaz, Floresinda, es Vitimiro;
y si yo me prestara á vuestro ruego,
sé que su confianza perderia,
provocara la furia de sus celos,
los dias que le restan amargara,
y os perdiera tal vez; el fruto siendo
del encargo fatal hacer, señora,
infelices á tres al mismo tiempo.
Sed menos enemiga de la dicha;
ved mi propuesta con examen cuerdo;
y neutral entre vos y Vitimiro,

sufrid que de mi labio proscribiendo
el lenguaje de amor, mande en mí propio;
solo á la guerra me consagre entero;
y los designios de ambos abandone
á lo que el hado dispusiere de ellos.
Temo serviros mal, temo afligirle:
sabeis mi voto, meditarle os dejo. (*Vase.*)

ESCENA II.

FLORESINDA.

Todos ¡ay! me abandonan. ¡Ó Leandro!
¿Cómo no vuelas á romper mis hierros?
Mas yo te llamo, y en la tumba hundido...
¡Ah! no, tú vives cuando yo no muero.
¡Cuán breves fuísteis, apacibles dias,
que en el nativo alcázar de Toledo
lejos pasé de Vitimiro, amada,
y oculto nuestro amor al universo!
Toda mi dicha destruyó la guerra
que nos aparta para nunca vernos.
¡Ah! ¿quién podrá instruirme del destino
de mi llorado ausente? ¿Qué habeis hecho
del adalid que adoro, hijos de Iberia?
Sus cartas, dulces prendas otro tiempo
de su cariño, hallaban mil caminos
para llegar á mí, venciendo riesgos.
Su silencio me mata. ¿Si es que sabe
de su hermano el amor? Do quier encuentro
motivos de afliccion, y mi adorado
ó murió ó me ha olvidado por lo menos,
y debo el existir á Vitimiro
para poner á mi desgracia el sello.
El llega. No conozca... (*Procurando serenarse.*)

ESCENA III.

VITIMIRO.—FLORESINDA.

Vit. A vuestra vista
los afanes olvido de mi empleo.

Vos sabeis sola, Floresinda bella,
los males suavizar que padecemos,
y hasta el aire comun que respiramos,
mas puro nos haceis y placentero.
La tea abrasadora de la guerra
ejerce su furor en este suelo
donde vos respirais, vos, cuya vida
mas que la mia y cual mi honor aprecio.
La suerte ignoro que la lid me guarda;
pero si alguna gloria en ella adquiero,
lánguida fuera y triste si su brillo
le negasen las hachas de himeneo.
Sea tan grande la ventura mia,
que vuestra mano, de laurel ciñendo
mi sien, del rayo la preserve, y pueda
arrostrar el destino mas severo;
ó si el cielo, envidioso de mi dicha,
tiene el perderme en su furor resuelto,
siquiera, Floresinda, que se grabe
mi nombre unido con el nombre vuestro
en la losa que cubra mis cenizas,
y declare á los siglos venideros
que Vitimiro pereció felice,
de su adorada esposo pereciendo.

Flor. Tanto amor me confunde y honra tanta.
(*Ap.* ¿Qué he de decirle? á responder no acierto
Recaredo, señor...: ¿nada os ha dicho?

Vit. ¡Recaredo decirme! — ¿Y cómo os veo
responder á mi amor estremecida?
¡Yo os adoro, y hablais de Recaredo!

Flor. Vitimiro... si acaso cierto fuese
de Leandro el fatal fallecimiento,
¿vos que tanto le amais, y á sus cenizas
llanto debeis de tributar sincero,
pudiérais entre el ruido de las armas,
y orilla de su triste monumento,
la piedad fraternal atropellando,
con vuestras bodas injuriar su duelo?

Vit. ¡Ah! por vos juro que me sois tan cara,
por los sagrados títulos y tiernos
de hermano y de amador, que nadie ocupa
despues de Floresinda el primer puesto

sino él en mi cariño; y aunque lidia
por el rey que ha jurado su denuedo,
(bien que en opuesto bando verle sienta)
amor inalterable le conservo.
Sería la noticia de su muerte
un golpe tan cruel para mi pecho,
que en vos sola consuelo encontraría;
mas de la fama á los vulgares ecos
dais demasiado crédito, señora:
mal instruido os han. Si fuese muerto,
Floresinda, ¿dudais que su monarca
me hubiese dirigido un mensagero,
dándome de esta pérdida noticia?
Godos de tan ilustre nacimiento
nunca el brillo desmienten de su cuna,
y saben respetarse combatiendo.
Menos crédito demos á su muerte;
mas verosimil es, mas sentimiento
me causa otro rumor. Hay quien afirme
que aqui pronto con Vamba le veremos.

Flor. ¡Con que vive! ¡es verdad!

Vit. Yo le perdono
un partido seguir al mio opuesto.
Do quier defienda su señor, combata,
venza, triunfe por él, yo lo consiento;
pero venir al sitio de Narbona,
buscarme, desnudar aqui el acero
contra quien es su hermano y es su amigo...

Flor. Sin duda su deber...

Vit. ¡Deber funesto!
¿Y será que un hermano á quien me unia
el amor fraternal mas verdadero,
para servir mejor á su monarca
la mano alzase contra mí, debiendo,
testigo de la dicha que me espera,
de ella participar y darla aumento?

Flor. ¡Él aumentarla!

Vit. Pero ya es sobrada
amargura en tan plácidos momentos.
Por mi hermano infeliz, por vos dichoso,
únicamente para vos viviendo,
vuestra belleza y mi ventura solo

quiero ver. ¿Qué esperais? Cumplid mis ruegos.
Dadme ese corazon idolatrado
tan debido al ardor que en este albergo.

Flor. Penetrada, señor, se siente el alma
de vuestros beneficios; su recuerdo
grato me será siempre y respetable;
mas ya pasais de pródigo al estremo.
¡Ay! no merece mi abatida suerte
tal gloria, tal honor.

Vit. ¡Qué escucho, cielos!
¿Qué os detiene? Decidme...

ESCENA IV.

RECAREDO. — FLORESINDA. VITIMIRO.

Rec. Vitimiro,
llegado de la lid es el momento.
Ya se descubre de Narbona en torno
el enemigo ejército; poneos
al frente de las tropas, y al miraros
arda el soldado en belicoso fuego.
Venid á la victoria.

Vit. Sí, corramos.
Mas ¡qué! ¿de Floresinda no merezco
que á mi ardor afanoso corresponda,
una palabra con amor diciendo?
¡Y temblais! ¡y apartais de mí los ojos
en lágrimas bañados! Yo las veo;
en vano es ocultarlas. ¡Ah infelice!
No las verteis por mí.

Rec. Ved que urge el tiempo

Vit. Y tiempo es de que acabe Vitimiro
incertidumbre tan crüel muriendo;
que en el alma de un godo enamorada
no enflaquece el amor el ardimiento.
Feliz, corre á la gloria en el combate,
y yo á la muerte despechado vuelo.
Amigo, vamos, que la mas horrible
dulce ya me será, y hallarla quiero.

Flor. Moderad tan injustos arrebatos.
Por vos cuanto me es dable me intereso.

Con los afectos de que soy señora
satisfacer procuro lo que os debo.
Sensible á los peligros que os aguardan,
vuestro valor, que admiro, compadezco.
Vit. ¡Cuán bien sabeis de dominarme el modo,
y unir la injuria y el favor á un tiempo!
Una palabra sola me oprimía,
y una la paz al corazon me ha vuelto.
A Dios, ¡oh Floresinda! Alborozado,
de vuestra imágen placentera lleno,
á la batalla corro, y mi victoria
escrita ver en vuestros ojos creo.
(*Vanse Vitimiro y Recaredo.*)

ESCENA V.

FLORESINDA.

Sí, vencerás, porque tu aciago triunfo
selle mi esclavitud. — ¿Podrá ser cierto?
¿De mí tan cerca se hallará mi amante?
¡Ó discordia fatal! ¡amor funesto!
¡cuán costosos sereis al pecho mio,
si se cumplen los males que preveo!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Acto segundo.

Salon del alcázar.

ESCENA PRIMERA.

VITIMIRO. RECAREDO.

Vit. Era ya nuestra pérdida segura,
sin tus consejos, que mi ardor guiaron.
Próvido, diligente, inalterable,
con socorro oportuno reforzando
cien puestos diferentes, la victoria
quitaste al enemigo de las manos.
¿Por qué no tengo tu valor tranquilo,
en el riesgo mayor tan sosegado?
Fuerte en la lid, prudente en el consejo,
Recaredo guiar debe mi brazo.

Rec. Al brillante valor que en vos se admira
cederá todo, si lograis domarlo.
La prudencia os corona con el triunfo:
no abandoneis virtud que vale tanto.
Quien es dueño de sí, rigiera el mundo.
Yo que con diestra débil ayudaros
solo puedo, señor, os he seguido,
cumpliendo los deberes de soldado.
No era dudosa la victoria nuestra,
Vitimiro su hueste acaudillando.
Bien prueba la opinion que vuestra espada
merece en el ejército contrario

el fácil rendimiento de ese gefe,
que horror y muerte por do quier sembrando,
la batalla indecisa sostenia,
si bien herido ya; pero al miraros,
cesa de pelear, suspira triste,
cáensele las armas de las manos,
mudo se entrega, y asistirle ordeno,
los enemigos huyen, y triunfamos.

Vit. ¿Quién es? Su nombre.

Rec. Ni decirle quiso,
ni alzar entonces la visera al casco,
y ocasion aguardé mas oportuna,
su valor y su suerte respetando.

Vit. Bien digna es de piedad. En este dia
que me corona de triunfante lauro,
¿lo creerás, amigo? yo me siento
de congojoso afan atormentado.
Ya sea que el amor mi pecho vuelva,
con su ternura, al padecer mas blando,
ó que la voz de mi infelice patria,
aun hable al corazon que la ha olvidado,
yo lloro la desgracia del vencido,
y el placer de mi gloria me es amargo.

Rec. ¿Cómo no lo ha de ser? ¿A quién vencemos?
¿Quién podrá sin vergüenza pronunciarlo,
si al vencedor estrechan y al vencido
deudo, amistad, lenguaje y suelo patrio?
Si fuisteis sin justicia perseguido,
¿podeis ya blasonar de no culpado?
Si la eleccion de Vamba se condena,
¿no es mas dudosa la del conde Paulo?
Su voz seguís y vuestra suerte sigo,
y el destino con él nos une á entrambos;
á vos por el deseo de venganza,
y á mí por gratitud; mas nunca aplaudo...
¡Señor! ¡os conmoveis...!

Vit. Amigo, cesa,
que al noble prisionero desarmado
traen á mi presencia.

ESCENA II.

LEANDRO, *herido, apoyándose en* UN ESCUDERO.—UN CA
PITAN. GUARDIAS. VITIMIRO. RECAREDO.

Vit. ¡Cuál suspira!
¡cuál huye, vergonzoso, de mirarnos!
Rec. Sangre goda es aquella, Vitimiro,
y nosotros la habemos derramado.
Lean. (*Aparte, y sin moverse del fondo del teatr*
donde se habrá quedado parado al salir, apoyado e
su escudero.)
¡Funesta empresa! ¿Para qué no acortan
de mi existencia el miserable plazo?
(*A media voz.*)
¿Dónde me conducís?
Rec. Ved nuestro gefe.
Vit. Valeroso adalid, aproximaos.
Vuestro valor merece mi respeto;
llegad, nada temais.
Lean. (*Idem.*) Temo, y no en vano,
la vida que me dais. (*Ap.*) Me angustia el verl
No me conoce, y á enfrenar no basto
mi tierna agitacion.
Vit. ¡La voz que he oido...!
Lean. (*Adelántase, conócele Vitimiro y se abrazan l*
dos hermanos. Despues colocan á Leandro en una silla
¿No me conoces? Mírame.
Vit. ¡Ay hermano!
Lean. Ese nombre, tan dulce en otro tiempo,
me rasga el corazon, al escucharlo.
Tu triste hermano soy; fuí tu enemigo;
un combate fatal me hace tu esclavo.
Vit. Mi hermano eres, no mas. ¡Dulce momento!
Lave tu sangre mi copioso llanto.
¿Habeis ya...? (*Al capitan.*)
Lean. Sí, su compasion tirana,
por mi existencia mísera velando,
mi sangre ha detenido á mi despecho,
y de la ansiada muerte me ha privado.
Vit. No escondas tu semblante de mis ojos.
¿Temes reconvenciones de mi labio?

Vitimiro es el mismo, en él confía.
Todo al verte lo olvido: otro contrario,
no tan querido, mi valor quisiera.
¡Cuál compadezco tu infeliz estado!

Lean. Mas justamente compasion merece
quien, los mas fuertes vínculos hollando,
vende á su rey, afrenta su linage.

Vit. Detente; calla tan atroz dictado.
Quizá de mí al oirle me olvidara.
No quieras la dulzura de este grato
momento emponzoñar; mi orgullo teme;
triunfe mi cariño en dia tan infausto.

Lean. ¡Qué dia!

Vit. Aunque infeliz, yo le bendigo.
Él me devuelve mi perdido hermano;
él complemento á mis venturas pone.

Lean. No lo puedo dudar: nuevas llegaron
á mis oidos que esplicarme pueden
de tu alborozo el misterioso arcano.
Sus palmas te tributa la victoria,
sus mirtos el amor: ¿quién mas ufano
en su dicha que tú?

Vit. Bien ha podido
llegar á tí esa voz: es verdad, amo.
Sí, y amo con furor, y tu presencia
todos los bienes que esperar me es dado
me llega á conceder. Resentimientos,
gloria, enemigos, pundonor, aliados,
todo, Leandro, enagenado postro
á los pies de la hermosa que idolatro.
Rogad á Floresinda que acreciente
su presencia el placer que disfrutamos.
(*Al capitan, que oida la orden se va.*)
No el amor que á tu hermano tiraniza
oses vituperar; justificado
quedaré al punto que la mires.

Lean. ¡Cielos!
¿Te ama?

Vit. Debo á lo menos esperarlo.
Un obstáculo solo se oponia
á mi felicidad; mas ya ha cesado.
Desde ahora nada separarnos debe.

Lean. (*Ap.* ¿Puede suplicio haber como el que aguardo?)
¿Pretendes insultar á mi infortunio?
Di, ¿me conoces? ¿sabes hasta cuándo
mi sufrimiento llegará? ¿á este sitio
sabes qué intento dirigió mis pasos?

Vit. Queden esos motivos de discordia
en sempiterno olvido sepultados.

ESCENA III.

FLORESINDA, *acompañada de* DAMAS. EL CAPITAN.—DICHOS

Vit. Ved, señora, del seno de los males
qué favorable el cielo se ha dignado
mi ventura sacar: triunfo, os adoro,
inopinadamente hallo á mi hermano,
y el verle bajo el techo de mi alcázar
mayor hace la dicha de adoraros.

Flor. (*Ap.* ¡Él es! ¿cómo mis lágrimas reprimo?)

Lean. (*Ap.* ¡Floresinda...! ¡Gran Dios! á golpe tant
no puedo resistir: yo desfallezco.)

(*Se abandona sobre la silla; su hermano acude solícito
y hace seña de que lo conduzcan.*)

Vit. ¡Qué veo! ¡de su herida está brotando
nuevamente la sangre!

Lean. ¡Y por mi vida
tú te interesas! ¡tú!

Vit. ¿No soy tu hermano?

Lean. Quita, quiero morir, odio la vida.

Flor. (*Ap.* ¡Duro conflicto!)

Lean. Aparta.

Vit. Mi cuidado
tus dias salvará.

(*Vanse Vitimiro, Leandro, apoyado en su escudero, y l
guardias.*)

ESCENA IV.

FLORESINDA. DAMAS.

Flor. ¿Y asi le puedo
abandonar, costándole tan caro
mi infortunio y mi amor? Por mí sin duda

peleaba, por mí; y á darme amparo
viene á Narbona, y á su rey sirviendo,
á ganarme venia por su brazo.
¡Qué premio á tanto afan! de su constancia
¡qué fruto! ¡Ay infeliz! Sobresaltado
mi tierno amor culpaba su tardanza:
con súplicas al cielo fatigando
la vuelta de Leandro le pedia:
ya han sido en fin mis ruegos escuchados:
ya vi al que adoro, en fin. ¡Ay! ¡moribundo,
tiñendo con su sangre el yerto mármol!
¿Y yo, desconocida, permitiera
que admitiese socorros de otra mano?
No, que ese bien es mio: verle quiero,
y sostenerle en mis amantes brazos,
su sangre detener, volver la vida
á aquel por quien la mia he conservado.
Mas que descubra Vitimiro... corro...
(*Vanse las damas.*)

ESCENA V.

VITIMIRO.—FLORESINDA.

Flor. ¿En qué estado dejais á vuestro hermano?
Vit. Ya mis manos su sangre detuvieron,
y fuerzas y quietud va recobrando.
Yo soy de compasion harto mas digno:
con triste lloro mis laureles baño,
y mi victoria olvido y la detesto,
si esa vuestra dureza no desarmo;
si con esa fatal incertidumbre
de nuevo mi tormento prolongando,
desmentir pareceis la dulce oferta
de hacerme el mas feliz de los humanos.
Flor. Nada os he prometido, Vitimiro:
gratitud solo os debo.
Vit. ¡Qué oigo! cuando
mi mano os ofrecí...
Flor. Vi de tan noble
don el sumo valor, y huyendo un rango
de mi abatida suerte disonante,
agradecida os respondí. Adulado

vos por vuestra pasion, por el respeto
que mi deber me manda tributaros,
creísteis dominar en mi albedrío,
y que os bastaba amar á ser amado.
Por el vuestro y mi mal os engañabais;
y el silencio romper fuerza es al cabo.
Sé que voy á ofenderos, y me aflige;
pero no puedo menos de mostraros
que, parienta de Vamba Floresinda,
criada con amor en su palacio,
mi padre de su causa en la defensa
muerto por los satélites de Paulo,
no fuera digna de la sangre goda
si no mirara con horror su bando.
Sí; y el caudillo que por él combate,
por mas noble que sea y esforzado,
por mas virtudes que en su pecho encierre,
nunca jamás conseguirá mi mano.

Vit. Sorprendido me deja ese lenguaje
tan severo á la par que inesperado.
No previ, lo confieso, que mi suerte
pudiera el instrumento en vuestro labio
hallar de mi baldon. Vos habeis hecho
un estudio secreto y calculado
de menosprecio, ingratitud é insulto;
y vuestro pecho, á desplegarse tardo,
dándole mi flaqueza atrevimiento,
sin rebozo por fin se ha presentado.
No sabia, señora, no sabia
yo esa firmeza aún, ese conato
de sujetarme á un rey que me persigue;
ni imaginaba que en tan tiernos años
tanta adhesion á Vamba se encerrase,
tanto aborrecimiento á sus contrarios.
Pero vos ¿conoceis á Vitimiro
cuando ultrajarle osais? ¿Os queda acaso
mas partido que el suyo? ¿Es este el premio
que tengo merecido por salvaros?

Flor. La vida os debo; pero de esta vida
¿no podré disponer? ¿La habeis guardado
para tiranizarla, y oprimirme?

Vit. Sí, yo seré opresor, seré tirano;

pero menos que tú, crüel: mis ojos
penetran tu doblez, y entre esos falsos
pretestos ven el verdadero móvil;
ven mi ignominia y tu traicion en claro.
Sea quien fuere el miserable amante
que á mí la preferencia me ha robado;
que tiemble de mi amor, tema mis iras.
A él solo buscará desde hoy mi brazo
sediento de venganza: de su pecho,
roto en heridas mil, iré á arrancaros:
y si entre los horrores que me cercan
placer alguno disfrutar es dado
al furor que destroza mis entrañas,
¡pérfida! le pondré en desesperaros.

Flor. No, la razon os servirá de guia;
que vuestro corazon es muy bizarro,
muy noble, en fin, para oprimir la vida
que generosamente habeis salvado.
Pero entended, señor, que si á abatiros
algun dia llegáseis hasta tanto,
que la que fué de vuestro amor objeto
viniera á ser de vuestras iras blanco;
vuestras virtudes, gloria y beneficios
en mi memoria impresos conservando,
solo vuestro furor olvidaría.
Compadezco un afecto desdichado.
Todo se le perdona al infelice.
Siempre digno de vos quisiera hallaros;
mas si me perseguís, mi sufrimiento
vuestros furores dejará burlados.
Por mas que contra mí se multipliquen,
no mirareis mi pecho desquiciado:
sin ira, sin temor, sin osadía,
nunca conseguireis hacerle odiaros.

(*Hace que se va.*)

Vit. Teneos; perdonad el estravío
de un amante que habeis desesperado.
Recaredo, con vos de inteligencia,
veo que abraza con empeño raro
la defensa de un bando que aborrezco;
que á él rendirme quereis, y mal mi grado
árbitros erigiros de mi suerte:

en vuestra boca sus discursos hallo.
¡Ah! ¿para qué os valeis de tales armas?
¿Juzgais necesitar socorro estraño
para regir, para mudar mi pecho?
Amad, amad, y bastará á lograrlo
una sola palabra.

Flor. No os oculto
que habia á vuestro amigo declarado
de mi pecho el sentir. Veo que ha hecho
mas que me prometió. Vos apiadaos
del triste llanto que vertí á su vista;
á vos que le causais, toca enjugarlo.
Héroe os llama la Galia Narbonense;
sedlo tambien, del alma desterrando,
una pasion que coronar no puedo,
y al agradecimiento consagrado
dejad mi corazon.

Vit. El vuestro solo
fiais de Recaredo: no hay dudarlo;
ya descubiertos los secretos miro
que habeis tan largo tiempo recatado.

Flor. Llegareis con el tiempo á conocerlos;
mas nunca os dejarán autorizado
á usar de violencias y amenazas,
á poderme culpar, ni aun á quejaros.
De un noble corazon busqué el apoyo,
y halléle en Recaredo: cuerdo, humano,
logró el aprecio en mí que merecia.
Imitad vos su proceder bizarro,
y pensad como él. (*Vase.*)

ESCENA VI.

VITIMIRO.

Rasgóse el velo:
mi esperanza y mis dudas acabaron.
La ingrata, la perjura, hace á mis ojos
alarde de mi injuria, sin reparo.
Un amigo tan solo poseia,
¡y él me vende! Amistad, fantasma vano,
sombra falaz que idolatré, tesoro

buscado sin cesar, jamás hallado,
tú me engañas tambien, tan inhumana
como el amor conmigo; y hora en pago
de mi grosero error, ya de los bienes
que codiciaba mas desengañado,
á nada amar ya nunca me condena
mi destino fatal. Ved el ingrato,
que envanecido en su delito viene
á desgarrar mi herida con sus manos.

ESCENA VII.

RECAREDO.—VITIMIRO.

Rec. Vuestro hermano, señor... pero ¿qué miro?
¿Qué ha podido tan pronto asi alteraros?
Salvador de un hermano, victorioso,
¿quién tan cabales dichas ha turbado?
Vit. Sierpe crüel el corazon me roe:
sufro de celos; me aborrecen, y amo.
Rec. ¿Y de quién sospechais?
Vit. De vos sospecho:
sí, y el baldon que de sufrir acabo,
en vos he de vengar, ingrato amigo.
Vos ya con Floresinda habeis hablado;
al nombraros la pérfida, temblaba;
ambos huís de mí, me temeis ambos;
sin duda me ofendeis.
Rec. ¿Quereis oirme?
Vit. Hablad.
Rec. ¿Me creereis? ¿Soy estimado
todavía de vos?
Vit. Os he creido
virtüoso hasta aqui: justificaos.
Un amigo leal en vos miraba.
Rec. Esos títulos solo he deseado:
vais ahora á juzgar si los merezco.
Sabed que mi aspereza cautivaron
de Floresinda los hechizos, antes
que dejara las márgenes del Tajo.
Ausente de ella, casi desde el punto
que en los suyos mis ojos se fijaron,

la primera noticia de su suerte
la recibí de vuestro mismo labio.
Vos de vuestra pasion me dísteis cuenta;
mandásteisme ofrecérla vuestra mano;
yo obedecí, señor; la hablé, y mis ojos
indiferentes su beldad miraron.
Libre y justo á par de ella, á vos adicto,
la llama ponderé que os ha abrasado;
vuestro valor á la memoria traje;
de vuestra cuna el esplendor y rango;
sin ocultar falaz vuestros defectos,
justo vuestras virtudes elogiando.
Cuanto pudo mi celo sugerirme
hice en apoyo vuestro y en mi daño,
de la amistad en las augustas aras
mi atrevida pasion sacrificando;
y si esto aún os pareciese poco,
y un rival os hiciese desdichado,
por la amistad que nos estrecha juro
verter toda mi sangre por vengaros.

Vit. Perdon de mi injusticia, noble amigo.
¡Hasta dónde los celos me han llevado!
Segundo hermano en tí me otorga el cielo:
indigno me hace mi furor insano
de llegarte á abrazar.

Rec. Señor, amadme;
no quiero elogios, sino ser amado,
que en esto cifro mi ambicion entera.
Si agradecido pretendeis mostraros,
completad lo que falte á vuestra dicha,
y ella me dejará recompensado.
Ahora permitidme que me esplique
sobre otro punto de interés mas alto.
Ya veis qué ardiente enemistad respira
contra el bando del griego vuestro hermano:
al deciros que es justo su partido,
ignoro lo que habreis de mí pensado;
mas no dudo mil veces repetirlo
en medio de la gloria que hoy ganamos.
Evitad, Vitimiro, que se vean
los presentes laureles marchitados,
que niega sus favores la fortuna

á aquel que se descuida en disfrutarlos.
Esos pocos guerreros que regimos
huyen de pelear con sus hermanos;
prevenid hoy á tiempo sus traiciones,
y no os vereis mañana abandonado.
Si es glorioso vencer en las batallas,
¿no hay triunfos que envilecen al ganarlos?

Vit. Prudente y valeroso Recaredo,
¿crees que mis suspiros malogrados
mas apacible á Floresinda hallaran,
tornando de mi rey á ser vasallo?

Rec. ¿Qué hace su voluntad? ¿Será preciso
ser, para ser leal, enamorado?
¿Le debereis, señor, de vuestra vida
el mas brillante y generoso rasgo?
Amad á Floresinda enhorabuena;
mas cual héroe prudente y esforzado
que regir sabe con igual imperio
su corazon, su espada, sus soldados.
Libraros de un rival he prometido;
mas bien quisiera del amor libraros.
Todos le sienten, pocos le conocen,
y es su poder temido demasiado.
Su imperio funda en la flaqueza nuestra,
del flaco es opresor, del fuerte esclavo.
Yo le venzo y sus armas desafio;
¿y sufrireis que os tenga avasallado?

Vit. Echada está la suerte: me resuelvo.
A todo ya por la crüel me allano.
Vea yo con tan grande sacrificio
el ceño de su rostro desarmado.
Mio será el partido que ella siga,
mio será tambien su soberano.
La virtud y el honor me lo aconsejan,
la belleza lo manda: obedezcamos.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

Acto tercero.

ESCENA PRIMERA.

LEANDRO. UN ESCUDERO.

Lean. Temes, amigo, por mi vida en vano.
Leve la herida es; la siento apenas:
solo es profunda la del alma. ¿Y dices
que hablarme quiere Floresinda? ¡Y ella
sostener mis miradas se promete,
sin espirar al verme de vergüenza!
¡Y yo anhelante su venida aguardo,
cual si disculpa en su traicion cupiera!
Llorará, gemirá... Su llanto he visto.
¡Llora y me ultraja! ¡llora y me desdeña!
No nació para el crímen aquel pecho:
no me ha sacrificado sin violencia.
¡Débil alivio á mi furor celoso,
si su mano por fin va á ser agena!

ESCENA II.

FLORESINDA. — LEANDRO.

Flor. Por fin el cielo á mi anhelar te vuelve,
caro Leandro; y su piedad conserva
la vida á Floresinda, cuando libra

la tuya de la bárbara contienda.
Por fin te vuelvo á ver: ¡oh! ¡qué inefable
placer mi corazon esperimenta!
Mas ¡cielos! ¡qué miradas! ¡qué acogida!

Lean. Ese interés que por mi vida muestras,
de un generoso corazon es hijo;
pero no estrañarás que me sorprenda.
Te era mi muerte conveniente y útil
para que mas tranquila dar pudieras
la mano á mi rival: en tus amores
libre y ufana, y de inquietud exenta,
en paz de tu perfidia disfrutaras,
y los remordimientos que ella engendra
(si los sientes acaso todavía),
yo pereciendo, perecido hubieran.

Flor. ¡Triste de mí! ¿qué dices? tal enojo
¿de qué puede nacer?

Lean. No me ofendiera
de tu mudanza, no...

Flor. ¡De mi mudanza!
¡Oh Dios!

Lean. Fué mi pasion muy verdadera,
te amé yo mucho para ser premiado
con justa y amorosa recompensa.
Esta de los amantes es la suerte;
comun es tu traicion, comun mi afrenta.
Pero que tú mi desventura insultes;
que en estos muros, do tus ojos vieran
esta sangre correr, la mano admitas
que ha estado á punto de bañarse en ella;
que al dolor que me oprime añadir oses
el duro agravio de piedad supuesta,
y á mis ojos...

Flor. ¡Ah! mátame primero;
dame la muerte y de acusarme cesa;
que no estaba mi pecho preparado
tu cólera á sufrir. Esa sospecha
faltaba solo á la desgracia mia:
nada debo temer, que ya es completa.

Lean. ¡Tú me abandonas, y mi queja estrañas!

Flor. ¡Yo abandonarte! Perdonado quedas;
tu ira infundada, tus sospechas, todo,

todo te lo perdona mi terneza.
¿Crees que te amaré?

Lean. ¡Tú me amarias!
¿tú? y este instante Vitimiro emplea
las aras adornando de himeneo
que recibir tu juramento esperan.
El mismo de su dicha se ha alabado.
¡Bárbaro! y quiere tan horrible fiesta
celebrar á mi vista: ¡ah! que primero...

Flor. ¿Será, crüel Leandro, será fuerza
que los momentos que tu vista gozo
á sincerarme dedicarlos deba?
Es cierto que tu hermano me persigue
con su pasion desenfrenada y ciega,
con sus celos, su furia arrebatada,
cuyos efectos de pavor me hielan,
y ¿lo diré tambien? con sus favores.
Al cielo, que conoce mi inocencia,
invoco en testimonio... ¿á qué invocarle?
Pues ¡qué! ¿tan falsa creerás mi lengua,
que, para persuadirte que te amo,
con juramento que afirmarlo tenga?
¡Oh! no, que tú mi corazon conoces,
y bien sabes que en él tú solo reinas.

Lean. Mas Vitimiro te ama.

Flor. Yo no le oigo.

Lean. Y libró del acero tu existencia.

Flor. Para tí me libró. Lisonjeado
mi pensamiento con la dulce idea
de saber de tu hermano tu destino,
bendije el riesgo y veneré su diestra.
Yo siempre opuse á su funesta llama
constante, pero noble resistencia,
mezclada del respeto agradecido
que conservarle mi deber me ordena.
Mas mi respeto su pasion inflama,
mi repulsa su cólera fomenta,
y cuanto mas de sus obsequios huyo,
mayor ardor en combatirme emplea.
Todo á su voluntad rendir pretende:
ser suya es mi deber y mi grandeza.
¡Ah! ¡cuán ageno está de sospecharme

contigo unida con lazada eterna,
de pensar que por tí lágrimas vierto,
ni que te adoro, y de baldon me llenas!
Para tormento de mi vida triste
dispuso el cielo que los dos naciérais,
él por su amor, y tú por tu injusticia:
sí, tú, ingrato Leandro, que hoy te muestras
menos quizá que Vitimiro amante,
y en rigor escediéndole y dureza.
Basta, perdona: mírame entregado
al amor, al dolor de mis ofensas,
de mi dicha al placer. ¡Oh Floresinda!
objeto de mi amor, gloria en mis penas,
este dia infeliz mi dicha afirma.
Gozoso en medio de mi suerte adversa,
la suerte de mi hermano compadezco;
que tus desdenes mi derrota vengan.
Me amas vencido, le odias victorioso;
no hay mas victoria para mí en la tierra.

ESCENA III.

VITIMIRO.—DICHOS.

Ved hasta dónde llega mi cariño,
notad vuestro poder y mi flaqueza,
y tú escucha, Leandro, escucha y dime
si dar cabe de amor mas fuerte prueba.
Lo que ni tu amistad, ni la justicia,
ni la voz del honor y la prudencia
pudieron recabar del pecho mio,
de Floresinda ofrezco á la belleza.
El amor que nos tiene destinados
para unirnos en plácida cadena,
otro bando seguir no me permite,
y al querer vuestro mi eleccion sujeta.
Mi ley él ha de ser: seré vasallo
del rey que me mandárais obedezca:
sed vos el instrumento venturoso
que á mi hermano y mi patria me devuelva.
Parte con Recaredo, y en mi nombre

propon al rey de la ciudad la entrega.
Las condiciones que mi honor exija,
á vuestro arbitrio abandonadas quedan:
mis soldados salvad, salvad mi fama;
despreciad lo demas. No te detengás,
vuela, y del tierno sacrificio mio
las primicias solícito presenta:
y ojalá al pronunciar el juramento
de vasallage y de lealtad eterna,
pueda gozoso presentar á Vamba
de mi sinceridad la cara prenda,
la que en súbdito fiel trueca un rebelde
vencido por su amor, leal por ella.

Lean. (*Ap.* Para matarme cumple mis deseos.)
Señora, pronunciad nuestra sentencia.
Fuerza es hablar.

Vit. Mas ¡cómo...! absorta, helada.
¿No estais de vuestro imperio satisfecha?
¿No basta verme vencedor rendido?
¿Quereis mi vida aün? tomadla, es vuestra.
Decid una palabra, y abandono
mi existencia infeliz sin una queja.

Flor. Justo es mi pecho; el beneficio nunca
paga con odio, ni el honor desprecia;
mas no puedo crëer que de Narbona
la suerte en mi querer se comprometa;
que el noble Vitimiro necesite
de una infeliz que su virtud sostenga,
y en mis ojos al llanto condenados
de fiel vasallo los deberes lea.
Mas noble origen su designio tiene:
la sangre y el deber os aconsejan:
¿qué mas impulsos necesita un godo?
Donde manda el honor, amor no reina.

Vit. Reina en mí, por mi mal; crudo tirano
sobre todo interés el grito eleva.
Acusadme, llenadme de baldones,
todo es ya por demas: aunque supiera
que habiais de mirar como un agravio
mi amorosa frenética impaciencia,
no ya mas dilaciones sufriria:
venid, venid, las aras nos esperan.

¿Qué vas á hacer?
¡Ay! no, jamás; primero
que mi teson vuestra porfía venza;
primero que mi vida sacro nudo
para siempre encadene con la vuestra,
á los ojos, señor, de vuestro hermano
mi sangre derramad. Fatal estrella
con obstáculo eterno nos separa:
vuestra no puedo ser.
¡Oh rabia! ¡oh mengua!
¡Hermano! ¿lo has oido? La traidora
me guardaba este golpe á tu presencia.
¡Ingrata! Se acabó: ya que mi enojo...
No; Vitimiro, aunque la injuria sienta,
se sabe moderar. Ni vos sois digna
de que á honraros me abata con mis quejas.
Era quizá vuestro deber conmigo
menos pérfida ser y mas sincera;
fácil quizá de mi naciente llama
era apagar las débiles centellas,
y una palabra me escusara sola
tanto rubor que mi bondad me cuesta.
Pero os hago justicia: el arte, el modo
de escitar las pasiones y encenderlas,
armas de un sexo son falaz y vano
con que nos hace solapada guerra.
Vos de vos me librais, y ese arte mismo
que á arrastrar me obligó vuestras cadenas,
conocido de mí y abominado,
para siempre jamas me arranca de ellas.
Mostradme ese rival que se me oculta,
y deje de temer mi competencia;
yo le cedo gustoso ese veneno
que disputarme por su mal intenta;
yo os desprecio bastante para uniros.
¡Traidora! asi mi pundonor se venga.
Dejaros y callar debiera solo;
pero vos me acusais, y mi defensa
no me es dado mirar indiferente,
cuando el callar me declarara rea.
Me acusais en presencia de Leandro,
y quiero que conozca mi inocencia.

A otro que vos mi corazon destino:
la suerte á confesarlo me condena;
amo, es verdad, é indigna á vuestros ojos
del que elegí por dueño apareciera,
si os hubiera esperánzas concedido
por una engañadora complacencia.
Vos mi fé y libertad habeis mirado
como un bien de conquista, como prenda
perdida para mí. Mucho os debia;
mas ya á la gratitud mi alma se cierra;
que beneficios que rubor me causan,
solo puedo mirarlos como afrentas.
Vuestro amor mi piedad ha merecido;
no pretendais por él que os aborrezca:
no le admito, tampoco le desprecio:
dadme otro corazon y seré vuestra.
Yo vuestra estimacion sola he querido,
y me puedo alabar de merecerla.

Vit. Mis iras mereceis, mi justa saña;
y sabed que es igual, ó que supera
al frenesí de mi pasion. ¿Acaso
de mi hermano esperabais la presencia
para osarme oprimir? ¿Os complaciais
en hacerle testigo de mi afrenta?
La causa viera en él.—No. Por su dicha
nunca miró vuestra fatal belleza.
Nombradme ese rival; guardaos, empero,
de imaginar que á su fortuna ceda.
Os engañaba; pero el pecho mio
no como el vuestro á la ficcion se presta.
Yo sabré descubrir el vil amante,
que de temor sin duda no se muestra;
os arrastro al altar ante sus ojos
abiertos á la luz por vez postrera;
y vuestro llanto y su última agonía
alumbrarán nuestras nupciales teas.
Otras contemplaciones no merece
la que en objeto vil su amor emplea.

Lean. ¿Por qué de indigna su eleccion acusas?

Vit. ¿Y qué interés te mueve á defenderla?
Tú que jamás la viste... Mas acaso...
Si en Toledo tal vez... ¡Atroz idea!

¡Ay de vosotros si me habeis vendido!
¡Ay de vosotros si mi duda es cierta!
¡Temblad!

ean. ¿Temblar? bastante he devorado
el insufrible horror de que me llenas:
harto tiempo en silencio he reprimido
de mi cólera justa la violencia.
Conóceme por fin, sacia tus iras;
este es mi corazon; mi amada es esta.

it. ¡Tuya! ¡crüel!

ean. Dos años han corrido
desde que amor secreto nos estrecha.
Tú el solo bien por que la vida estimo
arrebatarme con furor intentas:
tres lunas hace que por tí padezco
cuantos suplicios el averno encierra;
juzga tú por tus celos de los mios,
y en tu rabia mi cólera contempla.
Corazones de fuego devorante
á ambos hermanos dió naturaleza:
tú lo eres mio, y contra tí he lidiado,
de la hermandad, de la virtud con mengua.
Sé crüel como yo, sobre mí caiga
de mi osadía sin piedad la pena.
Solo asi tu conquista aseguraras;
ni será tuya como yo no muera.
Aqui á tu vista y á la faz del cielo
mi fê la doy, y de mi fiel promesa
te obligo á ser, á tu pesar, testigo.
Desata ahora á tu furor la rienda,
y á mi esposa, á tu hermana, si te atreves,
al pie de los altares atropella.

it. Basta, traidor, mi cólera provocas:
su peso sentirás. ¡Soldados! Esa
soberbia en breve gemirá humillada.
(*Sale el capitan con los guardias.*)
Arrancad á ese audaz de mi presencia.
Obedeced.

or. Crüeles, deteneos.
¿Dónde os arrastra el frenesí? De afrenta
vais á cubriros: escuchad la sangre,
la razon...

Lean. ¡Floresinda! ¡y tú le ruegas!
Compasion deberias de tenerle,
que mas que yo merece se le tenga.
A su rey es traidor, á tí te ofende;
no le envidio su suerte: mas funesta
es que la mia aún. Estoy vengado:
Floresinda me ama y te detesta.

Flor. ¡Infeliz! ¡Ah, señor! á vuestras plantas...

Vit. (*Al capitan.*)
Respondeis de su vida con la vuestra.
Conducidle.—Señora, levantaos.
Vuestros ruegos, el llanto en que se anega
ese rostro en favor de mi enemigo,
pábulo son que mi furor aumentan.
Vos la muerte me dais; mas sin vengarme,
no presumais, aleve, que perezca.
A Dios, y cuando viereis de mis iras
la terrible esplosion, de espanto yerta,
no me culpeis, culpäos á vos misma,
que todo nuestro mal es obra vuestra.

Flor. No me aparto de vos, señor, oidme.

Vit. Pues bien, dad á mi pecho la postrera
herida: hablad.

ESCENA IV.

RECAREDO.—DICHOS.

Rec. Gran parte de la tropa
que defiende estos muros, se rebela:
piden se les entregue vuestro hermano,
y que se abran al punto al rey las puertas;
todo es desórden: numerosa plebe
la voz acoge y el tumulto esfuerza;
por cúmulo de mal, el enemigo
con pujanza mayor la lid renueva.

Vit. ¡Qué oigo! No gozarás, rival odioso,
del fruto de tus odios, de tu negra
solapada traicion. Vos retiraos.
(*A Floresinda.*)
Yo haré ver á esa tropa turbulenta

que mando en estos muros todavía.
(*Vase Floresinda.*)
Seguidla. Recaredo, la defensa
de este palacio á tu valor confio:
si acaso aqui la sedicion penetra,
burla de los traidores los intentos,
sin respetar del gefe la cabeza.

FIN DEL ACTO TERCERO.

Acto cuarto.

ESCENA PRIMERA.

FLORESINDA. LEANDRO. UN ESCUDERO.

Lean. Inútil fué que, decidido el pueblo,
por defenderme con valor se armara:
tinto en sangre y cegado Vitimiro
de la embriaguez feroz de la venganza,
mas celoso y crüel, ante mis ojos
va á arrastrar á su víctima á las aras.
¡Solo en fin á espectáculo tan triste
vine en tu busca de mi amor en alas,
y privándome solo de tu vista,
vengarse puede mi impotente rabia.
Parte, sí, Floresinda.

Flor. ¡Y es preciso!
¡Tú me abandonas! ¡que te deje mandas!

Lean. Es forzoso; es un riesgo cada instante.
Aqui de mi rival eres esclava.
Bendigamos al cielo que piadoso
al borde del abismo nos ampara.
Fiel mi escudero guiará tus pasos.
A su celo y activa vigilancia
la fé de los soldados se ha rendido
que tienen mi custodia encomendada.
¡Clavio! derecho á tus cuidados tiene
el mísero infortunio de una dama.
No servicios injustos solicito:

yo respeto á mi hermano, y con las armas,
no conspirando, combatirle debo.
Escucha solo tu piedad bizarra;
escucha tu deber; de mí te olvida,
y á Floresinda del peligro salva.

Flor. Mi libertad aumenta mi desdicha.
Yo estos lugares con horror miraba,
y muerta de terror los abandono.

Lean. Por compasion que de mi vista partas.
Resuelta hace un momento á la partida,
¿para emprenderla decision te falta?

Flor. ¡Ay! yo esperaba que conmigo huyeras.

Lean. Prisionero en la fé de mi palabra,
que á Recaredo dí con juramento,
encadenado estoy en este alcázar,
aun mas que si de hierros ponderosos
ese crüel hermano me abrumara.
Puedo morir por tí, mas no seguirte:
veda el honor que de Narbona salga.
Tú seguirás á Clavio, y á un soldado
que por oculta via subterránea
fuera de la ciudad guiaros debe.
Al rey os presentad; en esta carta
mi amor declaro y su bondad imploro
jamás al infelice denegada.
Mas urge el tiempo: líbrate á las iras
de un celoso rival.

Flor. Fuerza es que parta,
¡mísera yo! sin mi Leandro amado.

Lean. Amor nos rëunió y él nos separa.

Flor. ¿Y en las manos de un bárbaro te dejo
que á la voz de la sangre no se ablanda,
ni al pundonor ni la razon se rinde?
Tú mismo oiste ya sus amenazas:
¡ay! ¿amenaza por ventura en vano?

Lean. En breve temblará: quizá mañana
juntas las fuerzas de la España goda
batirán estas débiles murallas,
donde ya la mitad de los sitiados
piden á gritos por su rey á Vamba.
Huye del espectáculo tremendo,
si es cierto, Floresinda, que me amas;

huye el tumulto, el hórrido desórden,
la fiera lucha, la crüel matanza,
resulta inevitable y lastimera
del asalto y la toma de una plaza.
Teme mas, sin embargo, todavía,
teme de mi rival la fiera saña;
tiembla de una pasion cuyo delirio
en rencoroso frenesí se cambia.
Cede á mi angustia, piérdate el tirano.
Huye.

Flor. Mas ¿quién de su furor te guarda?

Lean. No temiendo por tí, poco le temo;
que abatirá el peligro su arrogancia.
Mi apoyo le es en breve necesario,
y al que ha de suplicar ninguno agravia.

Flor. Mis acciones estan como mi pecho
á tu querer sumisas. ¿Tú lo mandas?
Pues bien: yo parto, aunque de susto llena.
No sé... mas siempre la fortuna aciaga
el nombre de tu esposa me ha envidiado.

Lean. Parte con ese título: la sacra
pompa, los velos, las nupciales teas,
los testigos que el acto presenciaran,
harian mas solemne, no mas firme
de mi fé la verdad. Vosotras, almas
felices de mis ínclitos abuelos,
que pisais del empíreo las moradas,
dignaos de volver aqui los ojos;
confirmad la promesa sacrosanta
que lustre nuevo á vuestra gloria añade,
y á mis afanes término presagia.
Por hija recibid á Floresinda,
y gratos conceded á mi plegaria
que siempre digno de mi esposa sea,
y digno sucesor de vuestra casa.

Flor. Mi corazon de tu ternura lleno,
ya desecha el temor que le amagaba.
¡Caro esposo! ¡Leandro! ¡Dulce amante!

Lean. ¿Por qué ese llanto? A Dios: ya la tardanza
llega á temeridad. ¡Cielos! ¡qué estruendo!

ESCENA II.

VITIMIRO. GUARDIAS. — DICHOS.

Vit. ¿Oís? él es. Desventurado, aguarda.
Ese escudero en el momento espire.
Rival odioso, tu traicion es vana.
Lean. Nunca en mí la traicion halló cabida.
Vit. Tú la lealtad corrompes de mi guardia;
tú me robas mi bien.
Lean. Ellos te dejan,
la voz siguiendo de la justa causa.
Floresinda no es tuya: á quien la oprime
tal vez el nombre de raptor le cuadra.
Vit. Teme, insensato, teme mis furores.
Lean. Desprecio solo tu furor me causa.
Vit. Tú temblarás cuando el efecto sientas.
Lean. Pronto mi muerte quedará vengada.
No pierdas un momento si pretendes
quedar cubierto de indeleble infamia.
Entrégate al esceso de tus iras;
pero tiembla, infeliz, tiembla al saciarlas.
Los cielos, de tu crímen ofendidos,
arman la diestra de rigor á Vamba:
tú me has vencido; mas lidiar ahora,
lidiar ahora con tu rey te falta.
Vit. No te podrá librar aunque te vengue:
víctima serás antes de mi saña.
Flor. Yo sola perecer, yo sola debo:
por mí de tus soldados fué ganada
con oro y llanto la lealtad: la fuga,
los medios y ocasion de realizarla,
todo, todo, crüel, es obra mia.
Castiga la osadía temeraria
dirigida á salir de las cadenas,
bárbaro don de tu pasion tirana;
mas respeta á un hermano y á su esposa,
y de tu nombre la brillante fama.
No te ha sido traidor, te ama sincero,
y del rey tu perdon solicitaba
cuando tú solo en oprimirle piensas.
¿Y cuál es el delito que le achacas?

¿Es otro que el de amarme por ventura?
¿No sabes amar tú si no te bañas
en lágrimas y sangre de infelices?

Vit. Cuanto mas le defiendes, insensata,
mas culpable á mis ojos le presentas.
Tú eres la que le pierde, tú le matas,
sí, tú, cuya belleza fementida
para siempre mis dias acibara;
tú que haces dos rivales rencorosos
de dos hermanos que se amaban. ¡Caiga
sobre tí nuestra sangre! ¡Ah! tarde lloras:
tu llanto, Floresinda, no me engaña.
¿Ves este acero? ¿ves? pues á clavarse
en su pecho y el mio se prepara.
Ya á lo sumo llegó mi desventura;
con ella en mi dolor no escucho nada.
Nada.—¡Tirano amor! ¿Hay mas flaqueza?
¡Que aun he de suspirar por una ingrata!
¿Quieres ver á mi hermano perdonado?
Dame tu diestra, sígueme á las aras.

Flor. ¡Yo, señor!

Vit. Respondedme.

Flor. ¡Yo perjura!

Vit. Responded sin rebozo á mi demanda.

Flor. ¡Vuestra! jamás.

Vit. Perezca.

Lean. No te dejes
vencer en esta desigual batalla.
Ámame tanto que mi muerte quieras.
Deja la suerte mia abandonada
al capricho de un bárbaro: yo muero
triunfando de él, y si á ceder llegaras,
no por eso tu amante viviría;
mas tú misma la vida le quitabas.

Vit. Conducidle á la torre; obedecedme.
(*Los soldados se llevan á Leandro.*)

ESCENA III.

VITIMIRO. FLORESINDA.

Flor. ¿Y osará vuestra cólera inhumana

mandar tan espantoso sacrificio,
y una sangre verter tan allegada?
Es vuestra sangre misma, es inocente.
¿Quereis cubriros de tan negra mancha?

Vit. Odiarte y perecer es lo que quiero;
hacerte mas que yo desventurada,
y derramar en tu presencia misma
esa sangre enemiga que te ama:
porque la fiera angustia que hoy padezco,
y mil veces, si cabe, acrecentada,
sin cesar ni ceder te persiguiera
en tanto que la vida te durara.
Esto debo querer: dejadme solo,
que vuestra vista mi tormento agrava.

ESCENA IV.

RECAREDO.—FLORESINDA. VITIMIRO.

Flor. ¡Ah! dadme vuestro amparo, Recaredo,
contra un crüel; vos mi única esperanza
sois.

Vit. No la escuches, ó me vendes.

Flor. Llamo
al cielo por testigo...

Vit. De esta estancia
salid. Amigo, aparta de mis ojos
ese objeto de horror.

Flor. Tirano, basta.
Harto en mi desconsuelo he combatido
el que me causas tú. Yo imaginaba
que en medio de ese frenesi rabioso
de una muger los fueros respetaras,
de una muger ilustre y desvalida.
Todo á la fuerza del amor se ablanda,
menos tu corazon. Bárbaro, tigre,
yo te abandono á tus furores; sacia
tu fiereza; dos víctimas inmola;
que mi muerte á tus crímenes se añada;
pero cuenta la tuya por segura.
Ya el cielo un brazo vengador levanta,
y con la justa pena que mereces

va á unirte á nuestra suerte desastrada.
Caerán en breve tus soberbios muros;
sus tristes ruinas mirarán tu infamia;
y á tu nombre y tu amor prodigue justa
la venidera edad horrorizada
el aborrecimiento y el desprecio
que en este punto de inspirarme acabas. (*Vase.*)

ESCENA V.

VITIMIRO. RECAREDO.

Vit. Sí, enemiga crüel mas que yo mismo,
yo acepto la sentencia pronunciada
por tus labios aqui: que nos reüna
en los horrores de la tumba helada
la mano inexorable del destino,
que á todos tres al precipio arrastra.
(*Déjase caer en un sillon.*)

Rec. (*Ap.*) Ya el mismo esceso de furor le rinde.

Vit. ¿Y tanto ultrage, y ignominia tanta
sufrirá Recaredo? El tiempo vuela.
¿Quieres que á la traidora libertada
vea por mi rival, y que á mis ojos
verifiquen su union? ¡Amigo, callas!
¿Consentirás que á su señor me entregue
la plebe por Leandro amotinada?

Rec. Conozco ya que sin rebozo alguno
Narbona contra Paulo se declara,
y sois perdido si alterado el pueblo
ve la traicion impune y con ventajas.
El riesgo se ha aumentado.

Vit. Y bien, ¿qué haremos?

Rec. Prevenirle, apelar á la templanza,
domar las iras y el amor, y cautos
elegir en tan árduas circunstancias
un partido seguro. Dueños somos
de esponernos aün á la borrasca,
ó amansar su furor: á vos os toca
la decision, señor, á mí abrazarla.
Vos hoy queriais con feliz acuerdo
aplacar los enojos del monarca;

si este designio en vuestro pecho dura,
hablad, y parto, y la amistad de Vamba
os traigo en el perdon; es generoso,
y al valiente adalid que sus escuadras
supo vencer, recibirá en los brazos,
y con honor os volverá su gracia.
Mas si es preciso combatir, si es fuerza
morir primero que rendir la espada,
Recaredo de vos inseparable,
sucumbirá donde su amigo caiga.

Vit. Deja que solo al túmulo descienda,
y vive tú para servir mi causa,
para vengarme. Mi destino es este,
y quiero que se cumpla sin tardanza.
Quien sus deseos á la muerte cifra,
seguro, si la busca, está de hallarla;
mas la quiero terrible, y cuando bajo
á las regiones donde todo acaba,
quiero mirar á mi rival conmigo
arrastrado á la tumba que me aguarda.

Rec. ¡Cómo! ¡qué frenesí! tiemblo al miraros.

Vit. En esa torre yace; en ella mandas;
vengarme prometiste del aleve
que mis amantes dichas estorbara...

Rec. ¿De quién me hablais, señor? ¿De vuestro hermano?

Vit. Del que mi eterna desventura labra;
de un enemigo que morir merece.
Tambien sé yo servir al que me encarga
la defensa de un pueblo. Escarmentemos,
escarmentemos á la turba osada,
y en el castigo de mi hermano vea
cuál Vitimiro al que le vende paga.

Rec. ¿Y por ese escarmiento infructuöso
la sangre de un hermano se derrama?

Vit. No: ¿qué me importa que me dejen todos?
Mientras yo pueda manejar la espada,
siempre dueño seré de mi destino.
Yo sigo á mi rencor, cedo á mi rabia:
satisfacerla con su muerte quiero.

Rec. ¿Luego es esa pasion desventurada
la que os incita á tan horrendo crímen?
¿Y ministro me haceis de vuestra saña?

Vit. Ya de tí nada quiero, nada exijo.
Conozco tu virtud, y te agraviaba.
¿Puede llegar á ser mas dolorosa
la suerte de un mortal, ni mas aciaga?
¿No basta solo que el amor me venda,
que tambien la amistad me desampara?
Bien: todavía en tan fatal estremo
amigos hallaré que su palabra
me sepan mantener; si tú te niegas,
otros harán lo que su gefe manda,
de esa triste virtud dejando el nombre
para escusa de ingratos ordinaria.

Rec. No, ya me resolví. Sea delito,
sea justicia solo, vos en cara
no habreis de echarme que traicion os hice;
ni sufriré que en ocasion tan árdua
de otra mano os valgais que de la mia,
que á serviros está tan enseñada.
Arrojaros quereis al precipicio;
yo me arrojo con vos, y prueba clara
mi obediencia será que manifieste
si Recaredo es fiel, y si os amaba.

Vit. Ahora vuelvo á ver en tí mi amigo.
Véngame, Recaredo: vuela.—Aguarda.
No, parte, hiere, y moriré contento.
Ya con afan espero mi venganza.
En el momento que cumplida sea
yo la quiero saber. Un clarin haga
la funesta señal; la escucho, y parto,
de rabiosa alegría llena el alma,
á gozar de mis iras, á llevarle
la nueva á la enemiga que le mata.
Y con tal que con lágrimas de sangre
la vea yo llorar desesperada
al vil amante que su fé sedujo;
con tal que en sus gemidos, en sus ansias,
en su horroroso padecer me cebe,
gozoso vuelo á mi postrer batalla.
Ya no pretendo en ella la victoria,
ni una muerte de gloria coronada.
¿Qué importa á un infeliz desesperado
esa locura que apellidan fama?

Sepúltese conmigo el nombre mio;
conmigo muera la memoria aciaga
del pérfido y la indigna que me hundieron
en el horrendo abismo de la nada.
Rec. Sí, fuerza es encubrir en noche eterna
tan miserable fin. Esta mañana
debiéramos morir, y nuestra tumba
gloriosa fuera. ¡Reflexiones vanas!
A obedeceros voy. Juré serviros,
y vereis cómo cumplo mi palabra.

FIN DEL ACTO CUARTO.

Acto quinto.

ESCENA PRIMERA.

VITIMIRO. CAUDILLOS GODOS, *reunidos en el fondo.*

Vit. No acierto á sosegar. Próximo al golpe
que debe decidir de mi destino,
tiemblo, desmaya mi valor. ¡Oh mengua!
¡Yo que de esos guerreros soy caudillo!
¡yo que inflamarlos con mi ardor queria...!
Mas pronto cobraré el esfuerzo antiguo;
que al fin voy á gozar de mi venganza.
Demasiado fié del indeciso
Recaredo: mi furia, mis rebatos
vió con tranquilidad, y no da alivio
á un dolor quien le mira con desprecio:
mas diligente vengador elijo.
¡Cuánto tarda en venir á asegurarme
este Adulfo...!

ESCENA II.

EL CAPITAN.—DICHOS.

Cap. Señor, ya con sigilo,
vuestras severas órdenes cumpliendo,
á la torre el soldado he conducido.
Vit. ¿Será capaz de contentar mis iras?
Cap. Satisfechas serán.

Ya estoy tranquilo.
(*A los gefes.*)
Mis órdenes sabeis; el tiempo es corto,
los muros coronad. Nuevos peligros
os aguardan; salidos de un combate,
otro os llama; igual celo, iguales brios
prevenid, imitad á vuestro gefe;
y cuando fuere perecer preciso,
yo sabré daros de morir ejemplo,
y hacer glorioso el vencimiento mismo.

ESCENA III.

VITIMIRO.

Sí, sí, y la indigna aborrecida sangre
que anhela derramar el odio mio,
la señal ha de ser aterradora
que al espantoso choque dé principio.
Brazo vulgar, de compasion desnudo,
va á confundir á mi rival, servido
en breve voy á ser, ya por momentos
oir espero el funeral aviso.
Mi contento, mi dicha se prepara. —
¡Mi dicha! ¡y de congoja no respiro!
¡Oh bellos dias de la infancia nuestra,
tiempo de dulce, plácido cariño!
De todos mis secretos pensamientos
el pecho de Leandro era el archivo:
ni gozo ni pesar sentia el uno,
que no fuese por ambos compartido.
¡Ay! ¡cuántas veces que á su enorme peso
me rendía el dolor, él compasivo
mis lágrimas con mano cariñosa
supo enjugar! ¡Y yo le sacrifico!
¡Y esta mano, esta misma, desgarrara
el seno de un hermano tan querido!
¡Oh funesta pasion! ¡oh dura pena!
No nació para el crímen Vitimiro.
Demasiado conozco cuán pesada
carga el delito es. Pero ¿qué digo?
Él solo es el culpable. ¿No me roba

el blanco de mi afan y mis suspiros?
¿No adora á Floresinda? ¡Inicuos celos!
Y amarla ¿es crímen de la muerte digno?
Pero él con el acero me ha buscado;
me odia, me menosprecia, y me ha vendido.
Nada importa; es mi hermano y esto basta.
Naturaleza, á tu poder me rindo:
no quiero que la nota de inhumano
manche mi nombre en los futuros siglos.
Tiempo es aun de libertar su vida,
que del clarin el lúgubre sonido
no hizo por dicha la señal funesta,
eco de crímen, voz de parricidio.
¡Adulfo!

ESCENA IV.

EL CAPITAN.—VITIMIRO.

Vit. Vuela, y á Leandro salva.
Conducémele aqui. Muestra ese anillo,
y te obedecerán. Salva su vida.

Cap. ¡Ah! temo que os habeis arrepentido
tarde, señor; sacar en este punto
de la torre un cadáver hemos visto:
Recaredo mandaba que en secreto...
Acaso...

Vit. ¡Qué...! ¡tan pronto...!
(*Suena un clarin á lo lejos.*)
¡Oh Dios! ¡qué he oido!
¡Muerto es mi hermano! ¡Detencion funesta!
Muerto es mi hermano. ¡Y yo le sobrevivo!
¿Y á mis plantas abriéndose la tierra,
y un rayo á mi cabeza dirigido,
su pérdida no vengan? ¡Oh barbarie!
¿Qué se hizo mi virtud? ¿Soy Vitimiro?
Vasallo desleal, bárbaro amante,
hermano sin piedad, vil asesino:
tal soy. ¡Verdad crüel! Cayó la venda,
y me conozco al fin, y me horrorizo.
¡A la cumbre del crímen he llegado!
¡Leandro! ¡Hermano! ¡Dia de esterminio!
¡Hermano!

Cap. Floresinda, con empeño
pide, señor, que la escucheis.
Vit. Amigo,
impide que se acerque esa inhumana.
¿Cómo sufrir su vista y sus gemidos?
Mas no, que de mi crímen á ella toca
la venganza tomar: ya me resigno.
Que venga. (*Vase el capitan.*)
Y espirando á su presencia,
acaben los tormentos con que lidio.

ESCENA V.

FLORESINDA. — VITIMIRO.

Flor. Triunfais, señor; y pues el odio vuestro
(que de otro nombre vuestro amor no es digno)
al deplorable estado me reduce
de ser infiel al que me adora fino
ó su muerte mandar; pues, en fin, siendo
de vuestra rabia víctima y ministro,
solo en tan dura estremidad me resta
escoger entre un crímen y un suplicio,
ya elegí; á vos me entrego; sois mi esposo
por el atroz derecho del delito.
Desatad á Leandro sus cadenas;
rendid la plaza, finalice el sitio;
no tiemble yo por tan preciosa vida:
á este precio á mi amante sacrifico,
y un crímen os escuso y satisfago
vuestros deseos por mi mal nacidos.
Mandad: pronta, señor, está mi mano.
Disponed que se cumpla el santo rito;
mas sabed, Vitimiro, que esta mano,
que habeis por tiranía conseguido,
sabrá de mi flaqueza castigarme,
y antes acaso que podais deciros
de Floresinda esposo... No, seréislo;
sí, ya lo sois. Cumplid lo prometido.
¿De qué proviene tal silencio? ¿Cómo
ya á vuestro hermano en libertad no miro?
Vit. ¡A mi hermano!

Flor. ¡Gran Dios! ¡qué sobresalto!
Por compasion... ¡Y vos llorais! ¡qué indicios!
Vit. Su vida me pedís...
Flor. Mi angustia crece.
Vos me la prometísteis, yo la exijo.
Vit. Ya no es tiempo, señora.
Flor. ¡No es ya tiempo!
¿Acaso ya Leandro...?
Vit. Ha perecido,
sí; tú misma dictaste la sentencia.
Por nuestro daño Recaredo quiso
con sobrada presteza obedecerme.
No te quejes de mí, tú lo has querido.
¡Maldicion sobre el dia que mis ojos
vieron esos encantos fementidos!
¡Oh si en la lid que á mi poder te trajo
lanzado hubiera el último suspiro!
Pero ¿qué significa esa apatía
en tan triste ocasion?
Flor. ¿Qué astro maligno
presidió á mi infelice nacimiento,
y burla mis proyectos de contínuo?
¡Tan doloroso esfuerzo ha de ser vano!
¡Yo por salvar su vida se la quito!
Castigada será la culpa mia.
Perdonadme un engaño, Vitimiro...
Yo le adoraba... En la presencia augusta
voy á comparecer del Juez Divino.
Perdonadme el haberos arrastrado
al borde del horrible precipicio,
y una gracia otorgadme; la postrera;
la postrera será. Dejad que el frio
cadáver del que fué mi enamorado
vean mis ojos, y que al suyo unido
mi pecho exhale el postrimer aliento.
Postrada á vuestras plantas lo suplico.

ESCENA VI.

RECAREDO.—FLORESINDA. VITIMIRO.

Vit. ¡Infelice! ¿qué has hecho?

Rec. Obedeceros.
Flor. ¡Y vos ejecutar habeis podido
un crímen tan atroz!
Vit. ¡Obedecerme!
¡Obediencia funesta que maldigo
y no puedo culpar! ¡Obedecerme!
Si veces mil con imperioso grito
combatiste el furor de mis pasiones,
¿deberias mostrarte tan sumiso
cuando á una atrocidad me conducia
el furor de mis celos vengativo?
Solo para privarme de un hermano,
solo obediente por mi mal has sido.
Rec. Si acepté tan odioso ministerio,
fué solo cuando ya ningun camino
hallé para salvar á vuestro hermano.
¿Negareis por ventura que ofendido
de que por un momento vacilase
en suscribir al bárbaro designio,
nueva mano buscar determinábais
que reparase menos en cumplirlo?
Vit. Los celos, la venganza, el amor solo,
sumiéndome en frenético delirio,
quizá en parte sirviérame de escusa;
mas tú, cuya templanza, cuyo juicio
sabe tener á raya las pasiones,
tú, cuya rectitud tanto he temido,
¡sereno un crímen permitir!
Flor. ¡Oh golpe!
¡oh mal aprovechado sacrificio!
Rec. Ya que el dolor y la vergüenza, pena
que la virtud impone al estravío,
han penetrado vuestro noble pecho,
y un amor sofocando tan nocivo,
quisiérais rescatar con vuestra sangre
aquella que de furia poseido
mandásteis derramar, puedo esplicarme,
puedo mostrar mi fé, puedo deciros
que de vos he sabido defenderos.
Conocedme, señora, y el marchito
semblante serenad. Amigo caro,
cesen remordimientos y suspiros:

feliz para los tres será este dia.
Venid, Leandro.

ESCENA VII.

LEANDRO.—FLORESINDA. VITIMIRO. RECAREDO.

Flor. ¡Oh Dios!
Vit. ¡Hermano mio!
Rec. A sus brazos llegad; triunfe la sangre,
y yazca el odio en sempiterno olvido.
Lean. ¡Odio! jamás. Mi compasion te ofrezco
de tus afanes y cruël martirio,
y mi ternura inalterable.
Vit. Cesa:
mayor con tu perdon mi culpa miro.
Mas que la vida, Recaredo amado,
te debe mi amistad.
Rec. Un asesino
contra Leandro la alevosa daga
osó empuñar ante los ojos mios.
Mi diestra castigó su atrevimiento
regando de la cárcel el recinto
con su sangre villana, y previniendo
efectos de un furor ejecutivo,
para salvar mejor á vuestro hermano,
hice la seña dar de su suplicio,
seguro que al saber la triste nueva,
lloraríais en breve arrepentido.
Vit. Para dar al ejemplo que me ofreces,
para dar á tan ínclito servicio
condigna recompensa, ¡oh Recaredo!
á hacerme de él merecedor aspiro.
Ábranse al rey las puertas de Narbona,
y que Vamba á sus pies mire rendido
al que obstinado resistir osaba
de sus armas la fuerza y poderío.
No temais, Floresinda, no, Leandro;
yo he dejado de ser vuestro enemigo,
y en tierno lazo uniros os concede
quien quiso para siempre desuniros.
Adoro á Floresinda y te la cedo.

¡Oh! no me aborrezcais: bien me castigo.
Llegad, nada temais.

ean. Querido hermano,
yo te osaba ultrajar: perdon te pido.
Tú me vuelves mi amor, me das la vida:
á adorar tus bondades la dedico.

it. Sed felices.

lor. (*Con voz débil.*) ¡Ah! sí, yo debo serlo.
Todo lo que anhelé se me ha cumplido.
Ya soy dichosa.

an. ¡Cielos!

t. ¡Qué sospecha!

or. Sí, y en el seno de la dicha espiro.

an. ¡Floresinda! ¿qué dices?

t. Suerte aciaga,
¿seré tan infeliz...?

an. Habla.

or. Un activo
veneno por mi ser rápido estiende
ya de la muerte el soporoso frio.

an. ¡Vitimiro!

or. ¡Ay Leandro! no le culpes.
Mia es la ejecucion, mio el designio.

an. ¡Oh desesperacion!

¡Socorro! ¡al punto!
¡Recaredo...!

(*Salen las damas de Floresinda, y varios godos.*)

or. Es en vano; ya tardío
todo auxilio será. Viendo el acero
por mí sobre tu cuello suspendido,
sin poder apartarle sino á costa
del mas abominable sacrificio,
yo quise libertar al que adoraba,
y guardarle la fé de mi albedrío.
Yo mi mano ofrecí; pero la muerte
llevaba ya en un tósigo conmigo.

Lan. ¡Desventurada! por mi amor pereces.
Yo soy, yo soy quien del vivir te privo.

Ri. ¡Dia aciago y fatal, de horrores lleno!

Flor. No lamentes mi fin; pues que consigo
descender al sepulcro esposa tuya,
nada deseo mas: harto he vivido.

La muerte me rodea. ¡Dulce esposo!
¡Qué desdichada nuestra union ha sido!
Amarte prometí mas que á mi vida;
muriendo por la tuya lo confirmo.
A Dios, amado esposo, á Dios. Un dia
volveremos á vernos reunidos. (*Espira.*)

Lean. ¡Floresinda! No me oyes. Mira, hermano,
mira lo que tu amor ha producido.

Vit. ¿Mi amor? ¿Y es dable que el amor me hici
guerrero desleal, iujusto amigo,
verdugo del hermano que me amaba,
de Floresinda? ¿Yo? Jamás he sido
tan criminal, ni lo seré. La adoro,
yo lo confieso, con su vista vivo;
si grata no corona mi deseos,
sé que voy á morir; mas no la impido
que ella sea feliz. ¿Dónde me encuentro?
Todo me asombra; desconozco el sitio.
Sangre mancha las fúnebres paredes,
sangre tiñe mis manos, sangre piso.
Huyamos de mansion tan horrorosa.
Mas ¡cómo...! ¿Es ilusion? No, yo la miro.
Floresinda es. ¡Oh Dios! Yo deliraba.

Rec. ¡Señor!

Lean. ¡Hermano!

Vit. Abandonadme, amigos.
Esa yerta beldad pide á los cielos
venganza de su bárbaro asesino.

Rec. Apartemos de aqui...

Vit. Tened, dejadme
ver en todo su horror mi atroz delito.
¡Floresinda! te amé, te dí la muerte:
solo me toca perecer contigo. (*Se mata.*)

FIN DE LA TRAGEDIA.

NOTA. Esta traduccion libre de la *Adelaida Duguesclin* hecha en 1827 con distintos personages y título y retocad 1830. Las alteraciones que se notan en ella con respect original, provienen de que en las citadas épocas estaba hibido no solo traducir, sino aun leer á Voltaire, auto *Adelaida*, y de que en *Floresinda* fué donde escribió primeros versos dramáticos el traductor.